
PAUL

FRANCO
Y LOS
ARTÍFICES
DEL ODIO

PRESTON



ARQUITECTOS
del TERROR

La Guerra Civil se libró para anular las reformas educativas y sociales de la Segunda República y para combatir su cuestionamiento del orden establecido. Los rebeldes lucharon a favor de los terratenientes, industriales, banqueros, clérigos y oficiales del Ejército, cuyos intereses se habían visto amenazados, y en contra de los liberales e izquierdistas que impulsaban las reformas. Sin embargo, en los años de república, de 1931 a 1936, a lo largo de la guerra y durante muchas décadas después, se siguió fomentando en España el mito de que el enemigo derrotado en la contienda era el contubernio judeomasónico y bolchevique.

No obstante, el presente libro no es una historia del contubernio, del antisemitismo ni de la antimasonería en España, sino que adopta la forma de pequeñas biografías de las principales figuras antisemitas y antimasónicas que propagaron ese mito, y de los personajes centrales que pusieron en práctica los horrores que este justificaba. Desmontar sus falsedades es uno de los objetivos fundamentales de esta obra.

*Para mis admirados colegas y amigos,
Francisco Espinosa Maestre y Ángel Viñas*

Prólogo

A grandes rasgos, este libro trata de cómo las noticias falsas contribuyeron al estallido de una guerra civil. Retoma las cuestiones planteadas en un volumen anterior, *El holocausto español*, ampliando especialmente su capítulo segundo, «Teóricos del exterminio». Otro elemento de relevancia contemporánea es la centralidad del tema del anti-semitismo. En un país con una ínfima presencia de judíos –seguramente menos de seis mil en 1936– y un número poco mayor de masones, resulta sorprendente que una de las justificaciones fundamentales de una guerra civil que se cobró la vida de medio millón de españoles fueran los supuestos planes de dominación mundial de lo que se dio en llamar «el contubernio judeomasónico-bolchevique», con la carga profundamente despectiva del término «contubernio», en su acepción de «alianza vituperable».

En realidad, la guerra se libró para anular las reformas educativas y sociales de la Segunda República democrática y para combatir su cuestionamiento del orden establecido. En ese sentido, se luchó a favor de los terratenientes, industriales, banqueros, clérigos y oficiales del Ejército, cuyos intereses estaban amenazados, y en contra de los liberales e izquierdistas que impulsaban las reformas y el cuestionamiento indicados. Sin embargo, durante los años de la República, de 1931 a 1936, a lo largo de la guerra y durante muchas décadas después, se siguió fomentando en España el mito de que el enemigo derrotado en la contienda era el contubernio judeomasónico y bolchevique.

El presente libro no es una historia del antisemitismo ni de la antimasonería en España, ni tampoco del contubernio. Sobre los tres temas existen obras excelentes de Gonzalo Álvarez Chillida^[1] e Isabelle Rohr^[2] –sobre el antisemitismo–, de Javier Domínguez Arribas^[3] y de José Antonio Ferrer Benimeli^[4] sobre el contubernio, que me han sido de inmensa ayuda. También estoy en deuda con la aportación fundamental de Bernd Rother sobre la reacción de la derecha española ante el Holocausto^[5]. Sin embargo, este libro difiere de las obras mencionadas en que adopta la forma de estudios biográficos de los principales individuos antisemitas y antimasónicos que propagaron el mito del contubernio y de los personajes centrales que pusieron en práctica los horrores que dicho mito justificaba. A ellos se dedican seis capítulos, mientras que dos abordan cuestiones de contexto relativas a Franco y su círculo, y su convicción de la existencia de tal contubernio.

El primer capítulo, «*Fake news* y Guerra Civil», examina la relación entre Francisco Franco y el contubernio. Analiza los motivos personales, profesionales y políticos que explican su ferviente adopción y posterior aplicación de la idea. Se examinan las lecturas, las amistades y las colaboraciones que consolidaron su utilización del mito. Los personajes clave son su cuñado y mentor político, Ramón Serrano Suñer, el psiquiatra Antonio Vallejo-Nágera y el pediatra y profesor universitario Enrique Suñer Ordóñez.

El segundo capítulo, «El policía», trata de Mauricio Carlavilla, uno de los propagandistas más desagradables del contubernio. El material que recogió como agente encubierto a finales de los años veinte fue la base del primero de los muchos *best sellers* sobre este asunto. De uno de sus libros, llegaron a venderse cien mil ejemplares. Fue un corrupto y un elemento clave en el intento de asesinar al presidente del Gobierno republicano Manuel Azaña. Entre sus múltiples publicaciones se encuentran tomos escabrosos sobre la sodomía y el satanismo.

El tercer capítulo, «El sacerdote», analiza la extraordinaria vida del padre Juan Tusquets. Como clérigo eminente, sus numerosas publicaciones sobre el contubernio judeomasónico-bolchevique tuvieron una enorme influencia. Entre sus lectores famosos se encontraban los generales Franco y Mola. A pesar de su vocación eclesiástica, Tusquets delinquiró para espiar a las logias masónicas. Fue un activo propagandista de la sublevación militar de 1936, en cuyos preparativos participó. Antes de la guerra, confeccionó interminables listas de masones. Durante la contienda, fue en la práctica el jefe de la sección judeomasónica del servicio de inteligencia militar (SIM) de Franco, que recogía material con el que engrosar las listas de Tusquets, parte fundamental de la infraestructura de la represión. Tras la guerra, en cambio, se esforzó afanosamente por negar estas actividades.

El protagonista del cuarto capítulo es «El poeta», José María Pemán, un rico terrateniente y popular poeta y dramaturgo. Monárquico ferviente, Pemán fue uno de los principales propagandistas de la dictadura del general Primo de Rivera entre 1923 y 1930. Consternado por el advenimiento de la República democrática en 1931, se convirtió en un importante agitador civil y patrocinador de la sublevación militar de 1936. Cuando esta se produjo, se erigió en orador público oficial de los militares sublevados. En cientos de artículos y discursos públicos, propagó ideas virulentamente antisemitas y justificó la sangrienta represión del enemigo republicano. Tras la derrota de Hitler, se transformó en la cara moderada del régimen franquista. Reescribió con diligencia su pasado radical y fue honrado por el rey Juan Carlos I.

El quinto capítulo, titulado «El mensajero», se centra en un aristócrata terrateniente, Gonzalo de Aguilera, conde de Alba de Yeltes. A diferencia de los demás protagonistas de este libro, ni defendió la existencia del contubernio judeomasónico ni estuvo involucrado en el terror de ma-

sas; sin embargo, desempeñó un papel importante en la justificación de las atrocidades de los militares sublevados. Su madre era inglesa, fue educado en Inglaterra y Alemania y sirvió como oficial de enlace con el Ejército alemán en el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial. Poseía dotes lingüísticas considerables y, durante la Guerra Civil, trabajó de enlace con los corresponsales de prensa extranjeros. Los que estaban a su cargo estaban fascinados por su idea de que la represión no era más que una labor de reducción periódica y necesaria de la clase obrera. Había interiorizado tanto la brutalidad que había vivido en el Marruecos español que acabó asesinando a sus dos hijos e intentando matar a su mujer sin éxito. Gracias a la consulta de gran parte de su correspondencia personal, se ha podido construir un fascinante retrato psicológico.

El título del sexto capítulo, «El asesino del Norte», se refiere al general Emilio Mola, oficial en las guerras de África cuyas memorias sobre su experiencia de combate se recrean en el salvajismo. Tras la caída de la dictadura de Primo de Rivera, ejerció como director general de Seguridad, cargo en el que intentó en vano frenar la marea republicana. En aquella época, era el oficial superior de Carlavilla y compartía su odio hacia los judíos, los masones y los izquierdistas, a los que colgaba por igual el sambenito de comunistas. Estaba absolutamente convencido de la autenticidad de un celeberrimo libelo fraudulento *Los protocolos de los sabios de Sión*, y devoraba los libros de Tusquets. Su convencimiento de la existencia del contubernio explica el entusiasmo con el que supervisó el asesinato de decenas de miles de civiles como jefe del Ejército del Norte.

El séptimo capítulo, «El psicópata del Sur», trata del general Gonzalo Queipo de Llano, que participó en las guerras coloniales de Cuba y Marruecos y fue famoso por la violencia de su temperamento, así como por su ambición

sin límites, que persiguió con una flexibilidad política infinita. Inicialmente monárquico, al sentirse despreciado por el rey y el dictador Primo de Rivera, el despecho le llevó a unirse a la causa republicana. A pesar del trato de favor que recibió de la República, un resentimiento personal parecido provocó un nuevo cambio de lealtad en 1936. Queipo de Llano participó en la sublevación militar y conquistó Sevilla para los rebeldes, un hito sobre el que construyó una leyenda épica. A modo de virrey del Sur, supervisó la brutal represión en Andalucía occidental y Extremadura, que llevó a la muerte a más de cuarenta mil hombres y mujeres, además de enriquecerse gracias a la corrupción.

El octavo capítulo, «La guerra interminable», relata cómo Franco y su círculo más íntimo –Ramón Serrano Suñer, su colaborador de toda la vida y jefe de gabinete, Luis Carrero Blanco y el escritor surrealista y cofundador del fascismo español Ernesto Giménez Caballero– continuaron propagando la noción del contubernio. Su antisemitismo fue un elemento clave en la relación de Franco con Hitler, que sobrevivió a la derrota del Tercer Reich. Franco publicó artículos y un libro denunciando el contubernio judeomasónico y se refirió a él incluso en su último discurso, pronunciado semanas antes de morir en 1975.

Varios factores unieron a los protagonistas. El más llamativo es su convicción unánime de la autenticidad y veracidad de *Los protocolos de los sabios de Sión*, así como de la idea de que la masonería tenía la culpa de la pérdida del Imperio español. Algunos de ellos –Francisco Franco, Emilio Mola, Gonzalo Queipo de Llano, Gonzalo de Aguilera, Mauricio Carlavilla, Antonio Vallejo-Nágera, Luis Carrero Blanco y Ernesto Giménez Caballero– estaban embrutecidos por sus experiencias en las guerras coloniales del norte de África. Tanto estos ocho como los cuatro que se libraron de luchar en Marruecos –Ramón Serrano Suñer, Juan Tusquets, José María Pemán y Enrique Suñer–

ensalzaron las matanzas de la Guerra Civil. Después de la contienda –a excepción de Mola, que murió en 1937, y de Carlavilla y Franco, que nunca vacilaron en su antisemitismo– la mayoría recurrió a mentiras e invenciones para reescribir su comportamiento anterior. Desmontar sus falsedades es uno de los objetivos fundamentales de este libro.

1

Fake news y Guerra Civil

En la primavera de 1937, en la zona controlada por los militares sublevados bajo el mando del general Franco, se publicó un libro cuyo tema era el curso que había seguido hasta el momento la Guerra Civil. Titulado *La guerra en España contra el judaísmo bolchevique*^[1], la obra resulta curiosa porque en ninguna de sus páginas se menciona a los judíos ni a los bolcheviques. Además, en 1936 no había más de seis mil judíos en España, de los que alrededor de un treinta por ciento eran refugiados del nazismo que habían encontrado protección en la República después de 1934^[2]. Además, el Partido Comunista de España era minúsculo. Así pues, ¿cómo podía ser aquella una guerra contra judíos y bolcheviques? Pero numerosos partidarios del golpe militar de julio de 1936 que provocó la Guerra Civil lo tenían clarísimo, lo que atestigua el éxito de una campaña masiva montada durante los años de la República para convencer a los españoles –en especial, a los católicos– de que su país estaba amenazado por una caterva de judíos, masones y bolcheviques. Tras esta idea fraudulenta de amenaza mortal a la nación, el alzamiento militar ocultaba el objetivo menos apocalíptico, y materialmente más rentable, de revertir las numerosas reformas con las que la Segunda República había planeado modernizar España. La coalición republicano-socialista que había gobernado durante los primeros dos años y medio del nuevo régimen, desde el 14 de abril de 1931, había desafiado a la Iglesia católica, los militares, la élite terrateniente, los ban-

queros y los industriales con un ambicioso programa de reformas sociales, económicas y educativas.

La derecha en pleno estaba indignada por este desafío a sus valores conservadores y a sus intereses económicos. En consecuencia, la prensa y el aparato de propaganda de la derecha montaron una gran campaña para deslegitimar a la República. Se invocaron prejuicios históricos muy arraigados para señalar al «otro» al que se podía culpar, temer y odiar. Este «otro» pasó a llamarse «contubernio judeomasónico-bolchevique», un concepto ficticio que representaba a la Segunda República como si el objetivo de esta fuera destruir la civilización cristiana y a su fiel guardián, España, en una ofensiva presuntamente planeada por los judíos y ejecutada por sus títeres: los masones e izquierdistas. Inculcar esta convicción conspiranoica en las masas conservadoras fue tarea de muchos; sin embargo, la transformación de este convencimiento en hostilidad a la República se debió principalmente a los escritos y conferencias de tres persuasivos propagandistas: el teólogo catalán Juan Tusquets, el policía Mauricio Carlavilla y el poeta José María Pemán. Tusquets reveló el propósito de las campañas simplistas contra los judíos y los masones: al afirmar que el contubernio pretendía dividir, dejó claro que sus esfuerzos se encaminaban a crear una oposición unificada^[3]. El fin de Tusquets era reunir esa oposición frente a un enemigo imaginario mediante una propaganda fácilmente asimilable: «Todos a una, sin grupos, sin personalismos [...]. La verdad simpáticamente expuesta es todopoderosa»^[4]; una aspiración que compartían Carlavilla y Pemán.

Así, aunque las fuerzas franquistas no lucharan en la Guerra Civil española para aniquilar a los judíos, la propaganda antisemita y antimasónica sirvió para unificar e intensificar la enemistad contra la República. De forma inevitable, el antisemitismo latente en la derecha española se convirtió en aprobación de las actividades de Hitler y los

nazis. Se estableció una comparación entre la influencia de la que los nazis acusaban a los judíos en la Alemania de Weimar y la que supuestamente tenían en la España medieval. Asimismo, las actividades de los nazis se presentaron como una emulación en el siglo XX de la expulsión de los judíos por parte de los Reyes Católicos, medidas ambas que se presentaban como necesarias para proteger los valores e intereses nacionales^[5].

El antisemitismo y la idea de un complot ideado por los judíos para destruir la civilización cristiana y su auto-proclamado adalid, España, habían proliferado en los círculos clericales y de la derecha durante siglos. Sin embargo, no fue hasta después de la instauración de la Segunda República, en abril de 1931, cuando adquirieron un papel clave en la política cotidiana. La extrema derecha estaba decidida a destruir el nuevo régimen y su programa reformista. Para justificar sus esfuerzos, se utilizó la coartada de que se trataba de una lucha a vida o muerte en defensa de los valores tradicionales de España contra la ofensiva de una fuerza coordinada de izquierdistas y masones dirigida por los judíos. El espantajo del contubernio judeomasónico-bolchevique proporcionó un sambenito muy práctico para agrupar a una amplísima gama de izquierdistas y liberales en un «otro» al que había que exterminar. Su lenguaje apocalíptico y a la vez simplista otorgaba una justificación inspiradora a lo que en realidad eran objetivos sectoriales concretos. Hubo numerosos «teóricos» de la conspiración que pudieron difundir sus opiniones en varios periódicos, entre los cuales los más vehementes eran los de ideología carlista, como *El Siglo Futuro* y *El Correo Catalán*, aunque las diatribas contra el contubernio judeomasónico-bolchevique pudieran encontrarse a menudo en diarios conservadores más generalistas, como el monárquico *ABC* y el católico *El Debate*.

La condena de la masonería y el antisemitismo latente eran habituales en la Iglesia católica y en los círculos políti-

cos de la derecha en España mucho antes de la caída de la monarquía y el advenimiento de una República reformadora. El rechazo a lo que se condenó como una revolución, a pesar de las ambiciones moderadas del Gobierno republicano-socialista, fue tanto más virulento cuanto que varios de sus altos cargos políticos eran masones. Desde principios de 1932, los cuatro principales grupos de la oposición de derecha al nuevo régimen adquirieron un cariz antisemita cada vez más acusado. Dos de esos cuatro eran grupos monárquicos militantes, la Comunión Tradicionalista Carlista y el grupo alfonsista Acción Española, formado por ricos terratenientes, banqueros e industriales, muchos de los cuales eran destacados aristócratas^[6]. Junto con los grupúsculos fascistas incipientes que confluirían en la Falange, el tercer grupo, deseaban derrocar a la República por medio de la violencia, por lo que se les conocía colectivamente con el apelativo de «catastrofistas». El cuarto grupo se aglutinó bajo el liderazgo intelectual del pensador católico Ángel Herrera Oria en la coalición Acción Popular. Se les llamaba «accidentalistas», porque Herrera sostenía que las formas de gobierno, republicanas o monárquicas, eran «accidentales» mientras que lo «sustancial» era el contenido social y económico del régimen. Aunque todos estos grupos se solaparan, Acción Popular suele considerarse la derecha «moderada».

La intensificación del antisemitismo en todos estos grupos puede atribuirse a la aparición en España, a partir de 1932, de numerosas traducciones del libelo ferozmente antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión* y de un libro de gran éxito comercial e inmensamente influyente, *Orígenes de la revolución española*, de Juan Tusquets, un sacerdote catalán de simpatías carlistas^[7]. La primera de las ediciones de *Los protocolos*, la que obtuvo mayor éxito de ventas, fue la traducción del duque de la Victoria a partir de la versión francesa de monseñor Ernest Jouin^[8]: antes de la Guerra Civil, se reeditó cinco veces. Además, hu-

bo otras seis traducciones, una de las cuales fue publicada por Tusquets^[9]. Otra la llevó a cabo Onésimo Redondo, discípulo del hermano de Ángel Herrera, Enrique, y fundador de uno de los grupos que acabarían integrándose en la Falange. Redondo sostenía que *Los protocolos* eran auténticos con el argumento espurio de que se habían traducido del hebreo al ruso. Afirmaba, además, que la judería mundial había intentado frenéticamente impedir su difusión comprando ejemplares para destruirlos^[10]. Ninguna de estas ediciones fue traducida del original ruso de Serguei Aleksándrovich Nilus^[11]. El propio *Orígenes de la revolución española* de Tusquets había contribuido a popularizar las acusaciones de *Los protocolos* de que los judíos pretendían dominar el mundo a través de sus títeres, la masonería y los movimientos de izquierda. En 1963, uno de los principales protagonistas de este libro, Mauricio Carlavilla, publicó una edición comentada de *Los protocolos*.

De los tres líderes de los grupos fascistas que se fusionarían en la Falange, Onésimo Redondo fue el único activamente comprometido con el antisemitismo. Aunque era un entusiasta del nazismo y el traductor de la edición española de *Mein Kampf*, sus influencias eran las tradicionales católicas, asociadas a Tusquets y Enrique Herrera. El segundo, Ramiro Ledesma Ramos, estaba más influido por el fascismo italiano. Consideraba que el antisemitismo solo tenía relevancia en Alemania porque, a diferencia de España, donde la amenaza judía era una «mera abstracción», Hitler se enfrentaba a «enemigos concretos, enemigos de Alemania misma como nación». Entre dichos enemigos, los internos eran «el judío y su capital financiero»^[12]. El tercer fascista español, el líder de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, sentía un interés relativamente escaso por el «problema judío», excepto cuando se trataba de la influencia judeomarxista en la clase obrera. Sin embargo, el diario falangista *Arriba* afirmaba que «la inter-

nacional judaico-masónica es la creadora de los dos grandes males que han llegado a la humanidad, como son el capitalismo y el marxismo». Después de que un obispo recomendara en diciembre de 1934 que los católicos no compraran en los grandes almacenes SEPU, de propiedad judía, en Madrid, José Antonio Primo de Rivera aprobó los ataques de los falangistas contra los mismos en la primavera de 1935^[13]. Aunque no fuese activamente antisemita, José Antonio compartía la convicción de los más conservadores de que era legítimo aniquilar el contubernio judeomasónico-bolchevique mediante la violencia^[14]. Fue durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial cuando el antisemitismo se convirtió en un elemento importante del discurso falangista, a modo de emulación de los nazis y para ganarse su favor.

La influencia tanto de Tusquets como de *Los protocolos* podía verse en el lenguaje utilizado por los colaboradores de la revista monárquica *Acción Española*, portavoz del grupo conspirador de ultraderecha del mismo nombre. Entre los suscriptores de la publicación se hallaba el general Franco. El fundador y primer director de la revista fue el latifundista Fernando Gallego de Chaves, marqués de Quintanar. En un acto en el Ritz de Madrid celebrado en su honor por compañeros del grupo, Quintanar elogió *Los protocolos* y manifestó luego que el desastre de la caída de la monarquía se había producido porque «La gran conspiración mundial judeomasónica inyectó el virus de la democracia en las monarquías autocráticas para vencerlas, después de convertirlas en monarquías liberales»^[15].

En el mismo número de la revista que informaba del discurso de Quintanar, apareció un artículo de otro latifundista, el marqués de la Eliseda. Se trataba de una reseña adulatoria de una nueva edición de la versión francesa más traducida de *Los protocolos de los sabios de Sión*, la de monseñor Ernest Jouin, publicada por primera vez en 1920. Eliseda, siguiendo a Jouin, sostenía la autenticidad